

## DEL LAVADERO AL TOCADOR, O LA IRRESISTIBLE ASCENSIÓN DEL JABÓN DE MORA

Acuda el lector a internet, busque *jabón de Mora* y compruébelo: apenas si encontrará alguna referencia que no aluda al jabón con perfume o aroma de mora. Históricamente, sin embargo, el *jabón de Mora* no era otro que el fabricado en nuestra villa, que, eso sí, a lo largo del siglo XIX había ido pasando a designar por extensión el jabón usado comúnmente para lavar la ropa y limpiar la casa. Lo que resulta ser prueba incontestable tanto de su amplia difusión como de su alta calidad.

Da fe de ello la abundante presencia de nuestro jabón en los avisos y anuncios de la prensa de Madrid —que hemos expuesto en el artículo [«Por mi dinero, quíerolo bueno»: el jabón de Mora en los anuncios de la prensa madrileña del siglo XIX](#)—; pero de los periódicos de la capital hemos podido entresacar también algunas otras menciones que nos llevan incluso más allá, pues de ellas se infiere que su calidad hacía al jabón de Mora apto para mayores empresas que la del mero uso doméstico.

En efecto, en una revista femenina y en varias secciones *femeninas* de otras publicaciones periódicas, localizamos unas cuantas referencias de interés que queremos compartir con el lector. Procede buena parte de ellas de *La Moda Elegante*, y se halla en los artículos de Lady Belgravia, y más aún en el consultorio o «Correspondencia particular» de Adela P.<sup>1</sup> Otras aparecen en el suplemento «La Vida en el Hogar», y, dentro de él, en la sección «Buzón de consultas» del diario *El Imparcial* de los años 1906 y 1907; también en varios textos de «La mujer y la casa» y «De tiendas» de la revista *Blanco y Negro* entre 1911 y 1918, y una más en el apartado «Correspondencia femenina Floralia» del *ABC* del 6 de agosto de 1920.

---

<sup>1</sup> Anotemos al margen que esta Lady Belgravia aparece aludida a propósito de los orígenes del baloncesto en España, pues en junio de 1911, y precisamente en [La Moda Elegante \(LXX, 24, 30-VI-1911](#), pp. 284-285), había expuesto por primera vez al detalle las reglas de este deporte. Según Fernando Arrechea («Otros deportes: cien años de baloncesto en España», en [Cuadernos de Fútbol](#)), Lady Belgravia era una monja estadounidense que había vivido 33 años en Málaga y en 1911 ejercía como superiora del Convento de la Asunción en St. Lawrence-on-sea (Inglaterra), un internado católico femenino donde estudiaban algunas jóvenes españolas. No acabamos de ver esta identificación tan clara como la cree Arrechea (dado que Lady Belgravia se presenta más de una vez como madre de familia), que la deduce del artículo «Impresiones de Inglaterra», publicado por Mayfair en [ABC, 2.247, 6-VIII-1911](#), pp. 4-5.

Digamos dos palabras para contextualizar estas publicaciones. [La Moda Elegante](#) (1842-1927, digitalizada en buena parte: 1861-1923) era un semanario de Cádiz que pasó a editarse en Madrid desde el 30 de abril de 1870. Con el subtítulo *Periódico especial de señoras y señoritas, indispensable en toda casa de familia*, salía los días 6, 14, 22 y 30 de cada mes. Por su parte, [El Imparcial](#) y [ABC](#) son dos famosos diarios, liberal y de ayer el primero (1867-1933), monárquico y de hoy el segundo (desde 1903). En cuanto al semanario [Blanco y Negro](#), se editó ininterrumpidamente entre 1891 y 1939, reapareció en 1957 y pervivió como tal hasta 1988, en que se convirtió sucesivamente, antes de desaparecer su cabecera, en suplemento dominical (1988-2002) y suplemento semanal cultural (2002-2005) del diario ABC.



Cabecera de [La Moda Elegante, XLIX, 39, 6-IX-1890](#)

Dado que nuestras pesquisas se han limitado únicamente a los periódicos digitalizados, parece razonable suponer que el número de las apariciones del jabón de Mora en la prensa del XIX y comienzos del XX —esto es, en la época de esplendor de la industria moracha del jabón— deba de ser bastante más alto. Pero es algo que hoy por hoy, lamentablemente, no podemos demostrar.

Entremos en materia. Y comencemos señalando cómo, respondiendo a preguntas que desconocemos pero que van más o menos implícitas en las respuestas, Adela P. acerca a sus lectoras con objetividad al jabón de Mora cuando explica a *Isabel* que «el jabón de Mora es el jabón hecho de aceite y sosa, que se emplea para lavar la ropa»; añade que de él «hay varias clases», y que «conviene sea el mejor» el que emplee para el cometido requerido, que en este caso ignoramos del todo («Correspondencia particular», [La Moda Elegante, LVI, 47, 22-XII-1897](#), p. 563). Antes, en su contestación a *A Young Man*, había precisado los lugares de venta del producto —que eran, como sa-

bemos, las tiendas de ultramarinos ([«Por mi dinero, quiérola bueno»...](#))—, amén de suministrarnos alguna información complementaria de interés: «No es en perfumerías ni droguerías donde se encuentra el jabón de Mora, llamado así del pueblo de la provincia de Toledo donde se fabrica principalmente. Igual, o muy parecido, se hace en muchas partes, y se vende en esta localidad [Madrid] en todas las principales tiendas de ultramarinos» («Correspondencia particular», [La Moda Elegante, LIV, 37, 6-X-1895](#), p. 443).<sup>2</sup>

Entrevemos en estas primeras muestras —que no disponemos en orden cronológico sino temático dada su breve extensión temporal— que el jabón de Mora se emplea también para usos que trascienden el primero y principal, que es, como leímos, «lavar la ropa»; y, lo que resulta más importante aún, que en Madrid —y asimismo en otros puntos de nuestra geografía, como deducíamos en parte de [«Por mi dinero, quiérola bueno»...](#)— la expresión *jabón de Mora* se aplica a todo el jabón usado para lavar la ropa, sea de donde sea («igual, o muy parecido, se hace en muchas partes»). De otro modo: su calidad, aceptación y acreditación habían hecho del jabón de Mora una referencia genérica o prototípica, como cuando hoy decimos *Coca-Cola* para referirnos a cualquier refresco de cola, *Kleenex* para aludir a cualquier marca de pañuelos de papel, *Rimmel* o *Cello* para designar respectivamente un cosmético o la cinta adhesiva de plástico.<sup>3</sup>

Y no era para menos, como evidenciarán los casos que iremos poniendo a disposición del lector. Así responde nuestra ya conocida Adela P. a alguien que debe de haberle preguntado cómo eliminar las manchas en algunos tejidos delicados:

A D<sup>a</sup> MANUELA T.—Voy a indicarle una especie de jabón que sirve para lavar y quitar las manchas en telas de seda, paño, franela, etc.

Se deslíen 130 gramos de jabón de Mora en 65 gramos de alcohol, añadiendo después 4 yemas de huevo, 25 gramos de esencia de trementina rectificada, y la cantidad suficiente de magnesia para obtener una pasta consistente; y cuando todo está muy bien mezclado y desleído se echa sobre un mármol, y se forman allí, con moldes, las pastillas de jabón («Correspondencia particular», [La Moda Elegante, XLIX, 33, 6-IX-1890](#), p. 395).

Porque, manchas aparte, el jabón de Mora es el más eficaz para lavar diversos géneros de telas, pieles o lanas. La gamuza, por ejemplo: «A D<sup>a</sup> JOAQUINA M.V.—La gamuza quedará perfectamente limpia lavándola en agua de salvado cocido y jabón de Mora; después de limpia, se aclara y se tiende a la sombra; cuando está a medio secar, se

<sup>2</sup> Copiamos literalmente los textos citados, pero nos permitimos retocar alguna vez la ortografía y la puntuación para adaptarlas a los usos actuales.

<sup>3</sup> Estas dos últimas marcas, bajo las formas *rimel* y *celo*, han entrado incluso en el diccionario como nombres comunes

Del lavadero al tocador, o la irresistible ascension del jabón de Mora

estira bien con las manos, y se prensa» (Adela P., «Correspondencia particular», *La Moda Elegante*, LI, 20, 30-V-1892, p. 239). También las lanas y franelas blancas:

A D<sup>a</sup> LUISA M. DE Z.—Efectivamente es muy difícil que las lanas y franelas blancas queden bien lavándolas en casa; pero puedo ofrecerla tres procedimientos que dan buen resultado.

1º En un barreño se corta media libra de jabón de Mora, y se echa sobre él agua cocinando, batiéndolo con un cucharón de madera hasta que forme mucha espuma; se sumerge allí la franela, se agita repetidas veces, y blanqueará poco a poco; si no quedase completamente bien *sin frotarla*, se toman las piezas una a una, y se les da un ojo de jabón, aclarándolas en seguida en tres o cuatro aguas *frías*; luego se tienden y se planchan antes de secarse por completo. (Es importante, para que la franela conserve su flexibilidad, que se hagan estas operaciones rápidamente.) (Adela P., «Correspondencia particular», *La Moda Elegante*, LI, 12, 30-III-1891, p. 141).



«Correspondencia particular», en *La Moda Elegante*, LI, 12, 30-III-1891, p. 141

Agregaré que «las medias de lana se lavan lo mismo», antes de exponer los otros dos procedimientos anunciados, en los que ya no se usa jabón de ninguna clase.

Un paso más, y la propia Adela P. nos enseña que, dada su calidad, el jabón de Mora puede convertirse — como el de Marsella — en jabón de tocador:

A UNA SUSCRIPTORA DE VEINTICINCO AÑOS.—Es muy conveniente y económica la receta que a continuación la explico, porque, como usted dice muy bien, en los pueblos pequeños hay ocasiones en que no puede encontrarse jabón de tocador que sea de confianza.

Se toman tres libras de jabón de Marsella o Mora, legítimo, muy blanco, y se corta en hojas finísimas. En una cazuela se ponen tres limones cortados también en ruedas finas, con un cuarto de litro de agua, se añade el jabón y se hace derretir a fuego lento, moviéndolo sin cesar, pero sin dejarlo hervir. Cuando el jabón está del todo derretido se retira del fuego, añadiendo 750 gramos de almidón de flor pulverizado (almidón de arroz es el preferido) y unas gotas de esencia de la que se prefiera; se amasa y amalgama todo, de suerte que la pasta sea firme y sin granos, se forman los jabones a voluntad y se ponen a secar a la sombra.

También puede formarse la pasta en forma de barras, que se cortan luego en pedazos regulares (Adela P., «Correspondencia particular», [La Moda Elegante, LIII, 1, 6-I-1894](#), p. 11).

En esta línea se hallan algunas de las deliciosas cartas de la sección «Desde mi celda», de la antes citada Lady Belgravia. Hablando de la pulcritud que su madre imponía a las criadas, y tras un discurso inicial preconizando la limpieza:

Pocos días después, Juana, la criada antigua que había vivido veinte años en casa y por lo tanto estaba impregnada de nuestras máximas, actuaba de *verdugo* con la recién llegada. La *fregaba* (no encuentro otra palabra que exprese tan técnicamente la especie de baño que ella le daba a la víctima) con estropajo y jabón de Mora (iyo sospecho que en su entusiasmo quizás le echase su *miajita de arena!*); le lavaba la cabeza con lejía, porque no había a mano otra cosa más fuerte; le hacía comprar peines nuevos; le tiraba las perfumadas *chanquetas*, que eran sustituidas por limpias alpargatas; la obligaba a un registro, sacudimiento y arreglo del baúl, y cuando la muchacha salía de sus manos, una de dos: o se marchaba cinco minutos después espantada y publicando por el barrio que estábamos locos, o se quedaba y se habituaba a la más esmerada de las limpiezas (Lady Belgravia, «Desde mi celda.—Cartas de Inglaterra», [La Moda Elegante, LIII, 41, 6-XI-1894](#), p. 488).

O, bastantes años después, a propósito del aseo del cuerpo y del cuidado de la piel y del cabello encomendados al jabón común, al jabón español de aceite:

Otra cosa os quiero contar que también me ha dado satisfacción y alegría. Soy amatísimas de la limpieza, pero muy enemiga de los medios muy complicados de ponerla en práctica. Quiero decir con esto que no gusto más que de cosas sencillas y naturales; y si alguien echase una mirada a mi lavabo, vería una gran esponja, un guante turco, un estropajo y un pedazo de jabón de Castilla.

—¡Vaya unos preparativos elegantes para una literata! —dirá alguna lectora.

—Pues, amiga —le responderé—, en esa sencillez está el secreto de más de un buen cutis y un buen pelo que conozco, y como no me gusta tampoco pasar por una *cursi* a vuestros ojos, os añadiré que en Inglaterra en todas las mejores perfumerías se vende actualmente, como especialidad recomendada, nuestro jabón español de aceite, que envían en grandes remesas aquí y a América las fábricas de jabón más conocidas de España. Lo usan en todas las casas inglesas que saben lo que es bueno para la piel delicada

Del lavadero al tocador, o la irresistible ascensión del jabón de Mora

de los niños, porque es puro y libre de toda grasa animal. Hay quien se queja de que no tiene perfume. Referiré al efecto lo que decía mi hija el otro día, oliendo con entusiasmo un pedazo de jabón: «Mamá, este jabón huele a España. ¡Qué rico!» ¡Sí, huele a España, fresco, puro, sencillo! La emperatriz Eugenia, que habita también en estos contornos, se hace traer todos los años una caja de jabón de aceite, y conozco una elegantísima diplomática que recibe de España grandes remesas de estropajos. Lectora, no te rías, pues, de los artefactos de *toilette* de Lady Belgravia, y si quieres conservar tu cutis fresco y puro, créeme, no uses otros» (Lady Belgravia, «Desde mi celda.—Cartas de todas partes», *La Moda Elegante*, LXX, 20, 30-V-1911, p. 237).



Lady Belgravia, «Desde mi celda.—Cartas de todas partes»  
*La Moda Elegante*, LXX, 20, 30-V-1911, p. 237

Pero no aparece aquí el jabón nuestro, nos dirá el lector. Sí en buena medida, puesto que de ningún otro lugar provendría el que enviasen a la emperatriz Eugenia, esto es, a la condesa de Mora. Y más si consideramos la nota que sigue inmediatamente a lo recién transcrito, que es el final del artículo:

N.B. Permítanme mis paisanos, fabricantes de jabón, un consejo. ¿Por qué ese jabón que viene de España trae los letreros en inglés? *Castile Soap*. Debieran decir jabón de Castilla, o jabón español, o jabón de Andújar, o de Toledo, o de Sevilla, o de Mora, o de Valencia, o de Málaga. Si es de nuestra tierra, ¿para qué lo hemos de *confirmar* con nombre inglés? Y dispénsenme los señores fabricantes, atendiendo la buena voluntad de mi pequeña observación. Ese jabón español, estimadísimo aquí y en América, es una brisa de la patria, y *pro patria* hablo. (Hasta en latín, para darle mayor solemnidad.) He dicho.

Al margen de la reivindicación idiomática, en la que no entraremos, creemos que por entonces los industriales de la villa se equivocaron gravemente al no promover la marca *Jabón de Mora* y aceptar incluirse en la de *Jabón de Castilla*, que parece fundada del todo en el producto moracho. Así lo percibimos años después en la réplica de Antonio López Roberts a un artículo de Miguel de Zárrega, quien había afirmado que tal vez ni siquiera se conocía en Castilla ese jabón a pesar de exportarse en grandes cantidades a los Estados Unidos, para añadir que en realidad procedía de Andalucía (Miguel de Zárrega, «ABC en Nueva York.—El jabón de Castilla», [ABC, XXII, 7.363, 6-VIII-1926, p. 17](#)). A lo que contesta López Roberts: «Pero ¿es posible ignorar que en los campos de Toledo se mantienen en pleno rendimiento y con las mismas virtudes y excelencias los olivares cuyos aceites, de finura incomparable, dieron fama al antiguo jabón de Mora?» (Antonio López Roberts, «El jabón de Castilla», [El Sol, X, 2.817, 16-VIII-1926, p. 2](#)).

7

Etiquetas aparte, lo cierto es que vamos descubriendo el empleo de nuestro jabón en usos que, como decíamos, superan con mucho el de la colada. El cuidado del cabello, por ejemplo.<sup>4</sup> No en este caso por Lady Belgravia, que parece desaconsejarlo cuando enfrenta a la de Inglaterra la manera (mala) de lavarse el pelo en España. Dice de las madrileñas al respecto (antes ha presentado a las andaluzas lavándose con huevos crudos):

Si sois madrileñas, os laváis el pelo con sosa, con bórax, con potasa, con jabón de Mora, con *lejía* como la ropa y hasta con greda como las lámparas; otros tantos procedimientos que, si bien os limpian más rápidamente que el huevo [que usaban las andaluzas], también a la larga os limpian rápidamente la cabeza de pelo, y por ser más fuertes, no os permiten repetir estos lavatorios tan frecuentemente como lo requieren el aseo y hasta la conservación de la belleza del cabello (Lady Belgravia, «Desde mi celda.—Cartas de Londres», [La Moda Elegante, LIII, 22, 14-VI-1894, p. 260](#)).

<sup>4</sup> Recordemos sobre el particular la anécdota de [El cabello de Sagasta](#) que recogimos en nuestro *breve* número 16. Permítanos el lector aprovechar la ocasión de esta nota (al César lo que es del César) para dejar consignado aquí que otra versión de esa anécdota (Natalio Rivas, *Anecdotario histórico*, Madrid, Aguilar, 1963, 3ª ed., pp. 147-149) había sido ya recogida hace unos años (¿hacia el 2000?) por nuestros queridos amigos de la Asociación Castillo de Peñas Negras en las octavillas que acompañaban a unas bolsitas que distribuyeron con cuarterones de jabón blanco de Mora. Lo hemos descubierto entre nuestros recuerdos morachos después de publicado ese *breve*, y quisiéramos dejar constancia de ello.

Pero sin salir de *La Moda Elegante*, Adela P. plantea un remedio casero, que nos interesa, para detener la caída del cabello:

A YOUNG MAN.—Para detener la caída del cabello no hay nada mejor que hacer en casa una infusión de quina de Loja en rama, en medio cuartillo de espíritu de vino. Después se pone a cocer en vino blanco un puñado de trigo, otro de romero, un poco de brótano macho y dos clavos ordinarios hechos ascua: cuando el cocimiento se ha reducido a la mitad, se retira del fuego, se deja enfriar, y luego se filtra y se mezcla con la disolución de quina, añadiéndole también una copa de buen ron. Se reposa veinticuatro horas, y pasadas éstas puede usarse cada dos o tres días, dándose en el casco de la cabeza con una esponjita empapada en el líquido («Correspondencia particular», [La Moda Elegante, LIV, 35, 22-IX-1895](#), p. 417).

Nos interesa, decimos, precisamente por la coletilla que sigue al remedio propuesto:

Lo que sí le recomiendo mucho, sin perjuicio de hacer uso de la anterior receta, es que se lave a menudo ese caballero la cabeza, por lo menos una vez por semana, con jabón de Mora legítimo.

De aquí deducimos que *A Young Man* debió de preguntar a Adela cuál era y dónde podía encontrarse esta clase de jabón, y ella debió de responderle con el pasaje que hemos transcrito más arriba.<sup>5</sup>

La cuestión es que el jabón de Mora conserva y limpia el cabello, como trae una vez más Adela P.:

UNA DEVOTÍSIMA ADMIRADORA DE ADELA P.—[...] Efectivamente, queda la cabeza muy limpia lavándola con huevo, y debe hacerse con agua caliente, porque limpia más: el huevo se echa entero. Pero mejor que esto le aconsejo se la lave con jabón de Mora. No soy de opinión que lo haga con potasa, porque quita por completo el brillo al pelo, que es lo que usted no quiere («Correspondencia particular», [La Moda Elegante, LVI, 6, 14-II-1897](#), p. 69).

Y hasta lo esclarece, como había recomendado en un número anterior:

A DOS SAMPAGUITAS.—[...] Para conservar el color rubio del cabello de la niña de dieciocho meses, podrá usar la manzanilla cocida, dándosela con un cepillo al tiempo de peinarla. Esto no es de ningún modo perjudicial.

También conserva y aclara mucho el cabello lavar diariamente la cabeza a los niños con agua tibia y jabón de Mora superior. Dicho se está que si padecen de enfriamientos no es conveniente en esta época lavarlos sin grandes precauciones (Adela P., «Correspondencia particular», [La Moda Elegante, LIV, 46, 14-XII-1895](#), p. 549).

---

<sup>5</sup> En nuestra página 3: «No es en perfumerías ni droguerías donde se encuentra el jabón de Mora, llamado así del pueblo de la provincia de Toledo donde se fabrica principalmente. Igual, o muy parecido, se hace en muchas partes, y se vende en esta localidad en todas las principales tiendas de ultramarinos» ([La Moda Elegante, LIV, 37, 6-X-1895](#), p. 443).

Y es que se encontraban entonces a las puertas del invierno. Como también, unos años después, en esta otra respuesta del «Buzón de consultas» de «La Vida en el Hogar», suplemento de *El Imparcial*. Se trata de la eficacia del jabón de Mora para limpiar de grasa el cabello:

*Lola del Val.*—[...] Para que las canas queden ocultas y el color del cabello sea el que fue, rubio oscuro, me han hablado con encomio de la receta siguiente:

Agua de rosas y agua oxigenada.....aa 500 gramos.

Si se desea que el color rubio no resulte exagerado, basta con darse dos o tres veces, empapando una esponjita, no sin haberse lavado antes el cabello con jabón de Mora, o con jabonera, para quitarle toda la grasa. En los días siguientes es necesario emplear algo de aceite de almendras dulces, perfumándolo con unas gotas de la esencia preferida. El aceite se aplica mojando en él un cepillo fino y pasándolo luego por el pelo, a lo largo («Buzón de consultas», [El Imparcial, XL, 14.278, 20-XII-1906](#), p. 4).



«La Vida en el Hogar»

[El Imparcial, XL, 14.278, 20-XII-1906](#), p. 3

Y hasta para prevenir, en otro lugar, la aparición de las canas:

*Dos andaluzas.*—El lavar la cabeza con jabón de Mora, dándose, luego de seco el cabello, una fricción de Ron Quina Flores del Campo, fortalece las raíces y previene la salida de las canas (Imperia, «Correspondencia femenina Floralia», [ABC, XVI, 5.485, 6-VIII-1920, p. 2](#)).

Aseo del cuerpo, cuidado de la piel y del cabello... También el de las manos, que encontramos de nuevo en el «Buzón de consultas» de «La Vida en el Hogar»:

*Enriqueta.*—Para las manos: córtense, en trozos muy delgados, tres libras de jabón de Mora, y háganse hervir en un cuartillo de agua, en donde hayan hervido de antemano tres limones, cortados en rodajas; y cuélese luego el agua en un paño, al mismo tiempo que se exprimen fuertemente los limones. Cuando el jabón se ha fundido en el agua preparada de este modo, se le retira del fuego, se le añade libra y media de almidón y algunas gotas de esencia de limón. Se amasa todo, y se hacen las pastillas, pocas o muchas. Esto, a gusto de usted, claro está («Buzón de consultas», [El Imparcial, XLI, 14.430, 23-V-1907](#), p. 4).

Consejo que aparece repetido en respuesta a *Presumida*, casi en idénticos términos, en la misma sección del mismo suplemento una semana más tarde («Buzón de consultas», [El Imparcial, XLI, 14.437, 30-V-1907](#), p. 4).

También basada en el limón es la receta que brinda «La mujer y la casa» en la revista *Blanco y Negro*; pero, se nos dice, lo que importa verdaderamente para el cuidado de las manos, al margen del preparado, es el jabón. Adivine el lector cuál recomienda.

El cuidado de las manos es una de nuestras constantes preocupaciones. La generalidad de las cremas o pastas tienen la contra de que al cabo de algún tiempo de usarlas a diario arrugan la piel, exceptuando las que en la base de su composición no tengan bismuto; pero como esto no es fácil saberlo con certeza, lo más seguro es usar una cosa sencillísima y cuyo resultado es inmejorable.

En dos partes de leche cruda échese una de zumo de limón, y todos los días, mañana y noche, frótese bien las manos con esta mezcla. Al cabo de una hora pueden lavarse con agua templada, secándolas muy bien y dándose polvos de arroz para quitar cualquier resto de humedad. Después de usar la leche y el limón, sería conveniente ponerse unos guantes de punto. También debe concederse mucha importancia al jabón. Los que se consideran mejores suelen ser los más perjudiciales. Teniendo seguridad de que es auténtico, el que mejor suaviza las manos, evitando que los cambios de temperatura las perjudiquen, es el corriente, que se llama jabón de Mora («La mujer y la casa», [Blanco y Negro, XXI, 1.037, 26-III-1911, p. 16](#)).

Nótese de nuevo la expresión reveladora: «es el corriente, que se llama jabón de Mora». Es decir: *jabón corriente* es sinónimo de *jabón de Mora*. De otra manera: el jabón de Mora ha hecho suyo —por su calidad, obvio es decirlo— el mercado del jabón corriente hasta pasar a ser, en el sentir común, único en su clase. Es, como decíamos, el caso de la Coca-Cola y otras marcas. Por otro lado, comprendemos que nos las tenemos no con recetas milagrosas o lociones extravagantes, sino con las muy diversas aplicaciones a que da lugar un producto tan excelente como el jabón de Mora.

Pues bien, he aquí una nueva para nosotros, varias veces presentada en el *Blanco y Negro* de los años 17 y 18:

Como depilatorio, da excelentes resultados lavarse tres veces al día con jabón de Mora, el jabón que se usa para la limpieza de la casa, pero que sea de primera clase. Fróntense bien los brazos y déjense unos segundos con la espuma del jabón antes de aclararse; después se frota con una toalla rusa hasta secarse, y si al tercer día no se nota que desaparece esa sombra oscura que tanto los afea, acúdase a las pinzas, haciendo uso de ellas con los brazos húmedos o cubiertos de espuma de jabón. Poco a poco desaparece el vello sin la menor molestia usando las pinzas con calma y por persona que tenga buena vista («De tiendas», [Blanco y Negro, XXVII, 1.386, 9-XII-1917, p. 14](#)).

Los depilatorios para los brazos suelen ser eficaces, pero estropean la piel; por eso aconsejamos el uso diario del jabón de Mora, que no es una marca especial ni tiene composición alguna desconocida; hemos oído que se llama así el jabón ordinario que se hace en Castilla para usos domésticos, y que no es completamente blanco. Después de jabonarse los brazos, cuando estén cubiertos de espuma, se frota ligeramente con un pedazo de piedra pómez que esté usada; después se aclaran y se secan. Al tercer día estarán los brazos como la palma de la mano» («De tiendas», [Blanco y Negro, XXVIII, 1.410, 26-V-1918, p. 33](#)).



por seguir la moda, sobre todas las manitas enguantadas veremos el anillo tallado en madera.

El collar es uno de los adornos que se transforman, pero que no mueren, y se comprende que así sea, porque favorece mucho y completa la *toilette*.

Se va generalizando la costumbre de llevar a todas horas un hilo de perlas pendiente del cuello; pero entre las muchachas jovencitas es más frecuente el uso de los collares de fantasía.

A este número pertenecen los que se componen de cinco monedas antiguas de cobre, de diferentes tamaños, bastante distanciadas una de otra y engarzadas en dos cordones de oro viejo. La del centro, que es la mayor, tiene incrustadas algunas piedrecitas imitando brillantes y rubies.

También se lleva una de estas monedas antiguas, con brillantes verdaderos, pendiente de una cadena finísima de platino o de un cordón de seda de diversos colores, en estilo oriental, con una borla que talle la moneda.

Como depilatorio, da excelentes resultados lavarse tres veces al día con jabón de Mora, el jabón que se usa para la limpieza de la casa, pero que sea de primera clase. Fróntense bien los brazos y déjense unos segundos con la espuma del jabón antes de aclararse; después se frota con una toalla rusa hasta secarse, y si al tercer día no se nota que desaparece esa sombra oscura que tanto los afea, acúdase a las pinzas, haciendo uso de ellas con los brazos húmedos o cubiertos de espuma de jabón. Poco a poco desaparece el vello sin la menor molestia usando las pinzas con calma y por persona que tenga buena vista.

[Blanco y Negro, XXVII, 1.386, 9-XII-1917, p. 14](#) (fragmento)

No insistiremos sobre lo ya apuntado, pero no quisiéramos pasarlo por alto: el jabón de Mora «no es una marca especial ni tiene composición alguna desconocida», sino que «se llama así el jabón ordinario que se hace en Castilla para usos domésticos».

Entre un anuncio y otro, y en la sección «La mujer y la casa», la Condesa d'Armonville contesta directamente a una lectora acerca de la que debe de ser una consulta sobre depilación, ahora no de los brazos, sino del rostro:

No conozco el específico de la *rue* de Turenne; pero espero que le dé un resultado rápido y satisfactorio el siguiente tratamiento, puesto en práctica por un médico de Londres:

Por la noche dese vaselina al acostarse, a la mañana siguiente lávese con jabón de Mora que haga mucha espuma y frótese suavemente con piedra pómez estando húmeda la piel; después séquese, dese un poquito de vaselina y polvos. Al tercer día habrá desaparecido esa sombra oscura que estropea su rostro, y si así no fuera, recurra a las pinzas, y le quedará el cutis como una rosa (Condesa d'Armonville, «La mujer y la casa», [Blanco y Negro, XXVIII, 1.398, 3-III-1918, p. 32](#)).

Olvidemos el burdo recurso a las pinzas y subrayemos que el tratamiento, jabón de Mora incluido, se debe a «un médico de Londres», lo que sitúa de nuevo a nuestro preciado producto en la Inglaterra de los años diez, como antes leíamos en el texto de Lady Belgravia.

Concluimos volviendo atrás en el tiempo para encontrarnos de nuevo en *La Moda Elegante* con Adela P. y su «Correspondencia particular»:

A D<sup>a</sup> PILAR DE M. Y F.—Me han asegurado como infalible para curar los sabañones no ulcerados el empleo de la siguiente receta:

Se disuelven 50 gramos de jabón bueno, de Mora, raspado, en un cuarto de litro de alcohol alcanforado; se bate bien todo, y con esta especie de pasta se hacen aplicaciones, con compresas, sobre los sabañones» (Adela P., «Correspondencia particular», [La Moda Elegante, L, 48, 30-XII-1891, p. 575](#)).

¡Hasta los sabañones! ¡Bendito jabón de Mora! De haberlo sabido los niños de hace medio siglo, más de uno, entre los que me cuento, habría intentado evitar que su madre le encasquetase el pasamontañas.